

Perra

VIDA

Una novela que encantará por igual a los amantes de los perros
y a los lectores de *Maldito karma*

ELSA WATSON



B

PERRA VIDA

Elsa Watson

Traducción de Victoria Morera

Título original: *Dog Days*
Traducción: Victoria Morera
1.ª edición: mayo 2012

© 2012 by Elsa Watson. Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© Ediciones B, S. A., 2012

para el sello Vergara

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B.15626-2012

ISBN EPUB: 978-84-9019-119-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Kota,
que tiene un sentido
del humor excelente*

Agradecimientos

Lo maravilloso de escribir un libro sobre perros es que, si tienes suerte, te ves rodeada de personas inteligentes que también tienen perros, personas que aprecian los hocicos húmedos y las colas que se agitan vigorosamente.

Muchísimas gracias a mi editora Kristin Sevick por su clarividencia y su excelente sentido del humor. Kristin ha sacado más jugo a los personajes, a la historia y al escenario y siempre ha encauzado este libro en una dirección mejor. También quiero dar las gracias a todos los empleados de Tor/Forge que han ayudado a hacer de este libro una realidad. Gracias a Kevan Lyon, mi agente, salvadora de West Highland terriers y entusiasta de las novelas. Es un auténtico placer trabajar con Kevan y me siento afortunada de ser una de sus clientas.

A medida que este libro avanzaba, muchos lectores me ayudaron a encontrar el camino. No puedo agradecer lo bastante a Suzanne Selfors su visión panorámica y su disposición para hablar sobre esta novela una y otra vez. Susan Wiggs, Sheila Roberts, Kate Breslin y Anjali Banerjee, mi increíble equipo de críticas, soportaron versión tras versión de esta novela y siempre me ofrecieron sugerencias inspiradoras. Sarah Kostin, Barb Martin y Dawn Simon leyeron los borradores iniciales y me dieron unos consejos buenísimos. Gracias, también, a Judy Hartstone por la frase «familia para siempre», una idea que ella ilustra maravillosamente con el amor que da a Sadie, su encantadora perra adoptada. Estoy en deuda con todos vosotros.

Ni que decir tiene que este libro no existiría sin la ayuda de nuestros perros Lucky y Kota. Zoë está inspirada en Kota: las dos comparten el placer por las bromas, los dulces y cruzar puertas. Y, por último, aunque no por ello menos importante, estaré eternamente agradecida a mi marido Kol, quien no solo me introdujo en el fascinante mundo de los perros, sino que siempre ha creído en mí, incluso cuando yo estaba sumergida en un mar de dudas. Kol me ha animado continuamente. Si alguien se merece ser placado y lamido en la cara por una perra llamada Zoë, ese es mi marido.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

1. El día en que me convertí en una perra
2. La mujer que odiaba a los perros
3. Artimaña de perra
4. Paraíso de animales de peluche
5. En las patas de la otra
6. Una pata adelante
7. Perro de comida rápida
8. Parque canino
9. La gloria de la coronación
10. Seducción canina
11. Aglomeración en el Woofinstock
12. Perra en la cocina
13. La mejor amiga de una mujer
14. La perra ágil
15. Persuasión felina
16. Amor, honor y obediencia
17. Fiesta animal
18. Una perra a la luz de la luna
19. Una pata detrás de la otra
20. Hasta que la muerte nos separe
21. ¡Maldita vergüenza!
22. Vuelta a casa canina
23. Madres e hijas
24. Perros a la deriva
25. Cegadas por la luz
26. Patas, pies y manos

Prólogo

Zoë

Sigo a mi hocico y olisqueo todas las esquinas y los cubos de basura, pero nada huele como en casa. Y esto me inquieta. En mi casa hay un montón de olores y debería detectar alguno de ellos en algún lugar, pero nada me resulta familiar en esta calle. Ni en la siguiente. Me detengo, jadeo y me pregunto dónde estoy.

Esté donde esté, no estoy en casa.

Durante un dichoso momento, me distraigo persiguiendo a un petirrojo por la acera. Corro levantando las patas en el aire, supercontenta al sentir el viento en la cara. La felicidad inunda todos los rincones de mi cuerpo y llega hasta las puntas de mis pelos. Paso a toda velocidad junto a personas, puertas y coches, y soy tan rápida que mi figura se ve borrosa. ¡Nada puede detenerme! ¡Nada! Hasta que el petirrojo desaparece y vuelvo a concentrarme en la calle.

Entonces me acuerdo de que estoy en un lugar extraño.

Y ahora tengo sed.

El viento sigue agitando mi pelo, pero ya no me produce placer. Veo a un hombre que transporta dos cajas grandes y corro en la dirección opuesta. No sé por qué lo hago, porque, normalmente, me gusta la gente, pero una cosa es que me gusten los desconocidos cuando las cosas van como tienen que ir, cuando estoy en casa y me siento segura, pero aquí, en estas calles ventosas, me siento demasiado nerviosa para confiar en nadie. Un golpe de viento agita una bolsa de plástico y doy un brinco.

Miro alrededor y veo que estoy en una plaza grande, cuadrada y pavimentada en la que solo hay tres árboles. Olisqueo los tres troncos en busca de olores y meo en el más popular. ¡Bien! Ahora, gracias a mi olor, mis dueños me encontrarán. Esto es bueno, porque creo que me he perdido. Mi cola cae entre mis patas traseras.

Entonces veo a un perro que está sentado en medio de la plaza. Está totalmente inmóvil. Me acerco, pero enseguida me detengo. Hay algo raro en él. No percibo su olor y no se mueve. ¿Es posible que no me vea? Me acerco un poco más y olisqueo, pero, nada. ¿Qué tipo de perro no huele a nada?

Él sigue sin moverse. Me armo de valor y me acerco más. Incluso podría pegar mi hocico a él. Tiene una caseta y un bol con agua, así que bebo un buen trago.

Después me siento y pienso en casa.

1

El día en que me convertí en una perra

Jessica

Llovía y yo esquivaba los charcos de la calle deseando haberme puesto algo más adecuado que unos zapatos de tacón alto. Pensé en la importancia de mi misión y aceleré el paso. Los empleados de nuestro restaurante, incluida mi maravillosa socia Kerrie, contaban conmigo. No podía decepcionarlos.

Una ráfaga de aire salado me indicó que la marea había bajado. Durante un segundo, dejé que mi mente me transportara a la playa que bordeaba nuestra pequeña ciudad y me imaginé las olas rompiendo en la orilla y a las gaviotas grises danzando en el viento. Después, volví a centrarme en mi objetivo.

La oficina de la compañía eléctrica estaba al lado de la entrada en forma de arco a la plaza de la ciudad. En el arco se leía: «Un perro feliz aporta armonía al mundo», y las columnas de apoyo estaban cubiertas por unos letreros de un llamativo color amarillo que anunciaban el Woofinstock, el famoso festival que empezaba al día siguiente.

Crucé la puerta doble de la compañía eléctrica a toda prisa resolplando a causa del mal tiempo y sacudí mi impermeable para no ir goteando en los papeles de los empleados. La sala estaba bordeada de cubículos y puertas de despachos y, al lado de cada una de las puertas, destacaba uno de aquellos letreros amarillos con la imagen de un perro sonriente y el texto: «¡Woofinstock! Un fin de semana entero de diversión para festejar a los perros de todas las formas y tamaños. Patrocinado con orgullo por la ciudad de Madrona, Washington, el paraíso de los perros.» Woofinstock siempre se celebraba el primer fin de semana de septiembre. Era una tradición que nunca fallaba.

Inhalé hondo y me dirigí a la recepción. Una mujer de unos cincuenta años, de cabello rubio y corto, y con una tarjeta identificativa en la que se leía el nombre de Marguerite, estaba sentada al otro lado del

mostrador haciendo globos con un chicle. Por el cuello de su blusa asomaba un delfín tatuado.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó.

—Bueno... —empecé yo dándome cuenta de que no tenía ni idea de lo que pensaba decir—. Verá, soy una de las propietarias del restaurante Glimmerglass, el que está en la plaza. Nos hemos retrasado en el pago del recibo y... Lo siento muchísimo, de verdad, pero nos acaban de cortar la luz y, si no podemos abrir para el Woofinstock, no podremos conservar el negocio. Yo..., esto... —Me mordí el labio—, supongo que he venido a suplicar.

Marguerite asintió con la cabeza, volvió a hacer otro globo, se volvió hacia el ordenador e introdujo nuestros datos. Yo no soportaba mirarla mientras trabajaba, así que contemplé los folletos que había encima del mostrador. Mientras leía la consabida lista de actividades para el fin de semana —el Concurso de Belleza de Perros y Dueños, la Competición de Agilidad, la Carrera de Cinco Kilómetros, las Pruebas de Obediencia, la Implantación de Microchips, la Caminata de Cuatro Kilómetros y la Ceremonia de Clausura—, se me encogió el estómago. Durante el fin de semana, los restaurantes como el nuestro podrían colocar un puesto en la calle. Nosotras ofreceríamos vales, raciones de degustación y nuestro distintivo café expreso, pero, si no teníamos electricidad en el local, toda esta promoción sería inútil.

Marguerite levantó la mirada de la pantalla.

—¿El restaurante Glimmerglass? Deben ustedes doscientos cuarenta y nueve dólares y treinta y seis centavos. Obviamente, no podemos suministrarles electricidad hasta que se hayan puesto al día en el pago.

Yo saqué mi talonario personal y empecé a escribir.

—¿Y cuándo volveremos a tener electricidad después de haber pagado?

Marguerite se encogió de hombros.

—Como muy tarde, mañana por la tarde.

La boca se me secó.

—¿Mañana por la tarde? ¡Pero si mañana es el primer día del Woofinstock! ¿Sabe cuánto dinero perderemos si no abrimos a primera hora?

Marguerite volvió a encogerse de hombros. Yo inhalé hondo e intenté tranquilizarme.

—Por favor, ¿puede hacer algo para agilizar el proceso? Sé que nos hemos retrasado en el pago y que la culpa es nuestra, pero el restau-

rante está en crisis y, si no ganamos mucho dinero este fin de semana, tendremos que cerrar. Por favor, ¿puede ayudarnos de alguna forma?

Marguerite contempló la pantalla del ordenador y después miró mi talonario.

—¿Es usted Jessica Sheldon?

—Sí, yo soy Jessica.

Contuve la respiración. Casi podía oír su mente repasando los artículos pasados del *Madrona Advocate* mientras intentaba recordar de qué le sonaba mi nombre.

—¿No es usted la que odia a los perros? —Entonces me miró fijamente a los ojos—. Sí, el restaurante Glimmerglass... Usted es quien gritó a aquellos perritos, ¿no?

Yo tragué saliva, lo que no fue fácil dada su evidente indignación.

—Sí —respondí en voz baja—. Esa soy yo.

Al bajar la vista, vi una fotografía magnética de dos chihuahuas pegada al monitor de su ordenador y se me encogió el corazón. Esperaba que me gritara o, al menos, que me soltara un sermón de tres cuartos de hora, pero ella simplemente entrecerró los ojos.

—¿Qué pasó realmente? Porque en realidad usted no odia a los perros, ¿no?

Yo negué con la cabeza, aunque estaba convencida de que ella no me creería. Resultaba difícil explicar lo que sucedió exactamente aquel día. La catástrofe con los perros ocurrió en pleno Woofinstock del año anterior, cuando el restaurante estaba hasta los topes de clientela. Kerrie hacía de jefa de comedor y distribuía a los clientes como si fuera la encargada de un casino en Las Vegas. Nuestros camareros trajinaban sin descanso entre la cocina y el comedor sin siquiera detenerse un segundo antes de empujar las puertas batientes. Yo atendía una emergencia tras otra. Segundos después de arreglar el escape de la cafetera, un niño vomitó en la mesa seis y dos camareros chocaron y vertieron la sopa de tomate y albahaca y la salsa de cangrejo en los clientes de la mesa once.

Justo entonces, un nuevo follón hizo que todas las miradas se volvieran hacia la entrada. Una mujer mayor y acicalada con un sombrero rosa entró con cuatro lulús de Pomerania y un gran danés a los que sujetaba con sendas correas.

En general, la política del Glimmerglass respecto a los perros era la misma que la del resto de los restaurantes de Madrona. Si el día era tranquilo y a nadie parecía importarles, a pesar de las leyes sobre higiene y el terror que yo sentía hacia ellos, dejábamos entrar a los perros

bien educados. Sin embargo, si el restaurante estaba atiborrado de clientes, los perros, por muy educados que fueran, tenían que esperar fuera.

Yo ya estaba al límite, así que me disponía a pedirle a la ancianita que sacara a los perros, cuando a ella se le escaparon las cinco correas. Los perros salieron disparados, como si se estuvieran escapando de una prisión. Uno introdujo el hocico entre las rodillas de la señora de la mesa nueve. Otro echó a correr y desapareció entre la gente. Yo enseguida me imaginé lo peor: una carnicería, violencia, brutalidad, niños sin dedos y clientes a los que les arrancaban la carne de las piernas de un mordisco.

Con el rabillo del ojo, vi que el gran danés había apoyado las patas delanteras encima de una mesa y lamía la sopa del plato de un niño mientras este chillaba con una risa histérica. Uno de los pomeranian pasó por mi lado como una exhalación con un bollo en la boca. Yo me lancé sobre él, pero fallé miserablemente. En realidad, estaba demasiado asustada para poder atraparlo. Segundos después, di un brinco de medio metro. ¡Algo me estaba lamiendo el tobillo!

El comedor giró a mi alrededor como si se tratara de un calidoscopio de caras; algunas riendo, otras mirándome fijamente. Una mujer tenía a uno de los pomeranian en su regazo. Yo me lancé sobre él para echarlo de allí y salvar a la mujer; era evidente que iba a por su yugular, pero antes de que pudiera alcanzarlo, el gran danés corrió hacia mí con largos hilos de baba colgando de sus fauces, las babas de un devorador de hombres.

Grité. Fue uno de esos gritos de película de terror, el tipo de grito que te pone los pelos de punta. Todos los presentes me oyeron, pero no me importó porque, aunque lo hubiera intentado, no podría haber contenido el grito.

—¡Alejaos de mí! —bramé—. ¡Alejaos, bestias asquerosas y demoníacas! ¡Os odio! ¡Os odio!

Justo entonces, un flash iluminó mi cara. Cuando recuperé la visión, parpadeé y me encontré, cara a cara, con el nuevo reportero del *Madrone Advocate*.

A la mañana siguiente, abrí el periódico y comprobé que mis peores miedos se habían hecho realidad. La fotografía mostraba mi imagen más espantosa, con el cabello encrespado alrededor de la cara como si fuera un puerco espín y la boca torcida en una horrible mueca y en mitad de un grito. Sostenía una cuchara en la mano y la blandía frente al gran danés como si se tratara de una espada. Al pie de la fotografía se

leía: «Jessica Sheldon, copropietaria del Glimmerglass, increpa a unos perros que entraron en su restaurante. Los perros pertenecen a Mary Beth Osterhoudt, propietaria de la empresa de comida para perros y gatos Oster Organic Dog and Cat Foods y principal patrocinadora del Woofinstock. La señora Osterhoudt ha declarado que es poco probable que siga financiando el festival de Madrona, lo que venía haciendo con una aportación anual de más de diez mil dólares.»

Aquel fue uno de los peores momentos de mi vida.

Enseguida me di cuenta de que todo había sido por mi culpa. Como comentó Kerrie, los perros solo actuaron como perros, pero yo lo hice como una loca. Fui yo la que causé los problemas. Yo, mi paranoia y mi terror paralizante hacia los perros, fueron los que causaron la catástrofe.

Lo último que deseaba era perjudicar a la ciudad, pero, claro, la pérdida de la financiación provocó que todos los habitantes de Madrona me detestaran. El teléfono de las reservas del restaurante dejó de sonar. La gente apartaba sus perros cuando veían que me acercaba por la acera. Los tenderos se preocuparon por sus negocios, la alcaldesa se preocupó por la reputación de la ciudad, y Kerrie y yo nos preocupamos por el futuro del Glimmerglass. En cuanto a ese dicho que afirma que la mala publicidad no existe, no es cierto.

Yo no soportaba la idea de que pudiéramos perder el restaurante. Era el único lugar en el que me sentía como en casa, y me desgarraba por dentro saber que yo era la responsable de que estuviera en peligro. Por suerte, Kerrie me sentó frente a una taza de té y me ayudó a elaborar un plan para reparar los daños, plan al que me dediqué de lleno.

Me presenté ante la alcaldesa y le pedí disculpas. A lo largo de toda una semana, permanecí al lado de la estatua de Spitz, el héroe de la ciudad, y regalé galletas para perro a los viandantes. Spitz era un dóberman que salvó de morir ahogados a dos niños de Madrona veinte años atrás. Cuando Spitz murió, el ayuntamiento erigió una estatua de bronce de él y de una caseta de perro en el centro de la plaza, la cual era uno de los lugares de encuentro de la ciudad, el sitio perfecto para hacer penitencia.

Como acto final de contrición, me presenté voluntaria para dirigir el Comité de Comerciantes a favor del Woofinstock, por lo que me vi obligada a patearme la ciudad pidiendo donaciones a mis colegas empresarios. Mi voluntariado también me obligaba a pronunciar un discurso en la multitudinaria ceremonia de clausura del Woofinstock.

El fin de semana iba a ser una tortura y, francamente, yo no sabía cómo cumplir con todos mis compromisos sin clonarme. Aparte del discurso, yo debía ocuparme del puesto del restaurante en la plaza, y tenía la intención de regalar vales y cartas del Glimmerglass en todos los acontecimientos a los que pudiera asistir. Como dijo Kerrie, mi labor consistía en salir ahí fuera y reactivar el negocio, pero, sin electricidad, no había nada que hacer y, aunque Marguerite nos ayudara, a mí los perros seguían aterrorizándome, y estaba a punto de pasar un fin de semana entero entre ellos.

—¡Pero yo no odio a los perros! —le expliqué a Marguerite—. ¡En serio! Solo me dan miedo. ¡Son tan impredecibles! ¡Y yo me pongo tan nerviosa cuando hay uno cerca! De repente, todos aquellos perritos me rodearon y yo... Supongo que me puse histérica.

Marguerite guardó silencio durante un largo rato y después me preguntó:

—¿Le gusta vivir aquí?

Su pregunta me pilló por sorpresa.

—¡Desde luego, claro que me gusta!

—Entonces tendrá que superar la fobia que siente hacia los perros. Empezando ahora mismo. Si no lo consigue, tendrá que plantearse seriamente mudarse a otra ciudad. Podría vivir tranquilamente en cualquier otro lugar del condado de Kittias. Aquí, simplemente, no parece encajar.

Apoyé las manos en el mostrador y esperé a que mi corazón dejara de martillar mi pecho. A mí me encantaba Madrona. Podía pasarme horas contemplando el vuelo de las gaviotas y las velas de los barcos que surcaban el mar durante las regatas. Kerrie, mi mejor amiga, vivía allí, y el Glimmerglass, el restaurante que habíamos abierto juntas cuatro años atrás, formaba parte de aquella ciudad. Kerrie y el restaurante siempre habían estado allí para mí, por esto era tan importante que volvieran a suministrarnos electricidad y pudiéramos darle a nuestro negocio otra oportunidad.

Además, Madrona era una ciudad bonita, llena de arcos enredadera y viejos edificios de ladrillo. Seis años antes, cuando yo tenía veintidós y acababa de salir de la universidad de Washington, visité a una amiga que vivía en Madrona y me enamoré de la ciudad. En primavera, cuando los rododendros florecían, era como si un arcoíris se extendiera por

la ciudad. Madrona tenía, exactamente, la atmósfera cálida y acogedora que yo había deseado siempre. No quería mudarme a otro lugar.

Pero no podía negar la verdad de lo que Marguerite decía. Madrona era una ciudad que amaba a los perros, y yo sentía aversión hacia ellos. Los habitantes del resto del condado de Kittias creían que en Madrona estábamos chiflados, aunque todo el mundo reconocía que nuestra pequeña ciudad era realmente buena organizando festivales como el Woofinstock. Cuando Madrona aprobó, en un referéndum, permitir la entrada de los perros en las tiendas y demás negocios, los encargados de la perrera del condado se pusieron hechos un basilisco, pero no consiguieron nada. Madrona había elegido su identidad, y esta, sin lugar a dudas, tenía el hocico húmedo.

—Me encanta vivir aquí —contesté con voz tenue—, y no quiero mudarme.

Marguerite cruzó los brazos sobre su pecho.

—El primer paso para la curación es admitir que uno tiene un problema. Tiene usted que resolver esa cuestión. Si la ignora, su vida se volverá más y más limitada. El miedo funciona así. Podría destruir su vida.

Zoë

Me he escondido en la caseta del perro brillante y tengo las orejas gachas. Hoy he correteado por todas partes, pero ahora me siento cansada y hambrienta, así que he decidido echarme una siesta, pero no paran de despertarme. Primero fue un montón de hojas que se agitaban en la copa de un árbol, después una flor que rodó por el suelo delante de mí. ¡Después creí ver a un perro! Pero resultó ser una sombrilla.

Está lloviendo. A mí me gusta la lluvia, pero a la gente no. Una mujer pasa cerca de mí taconeando con sus zapatos de tacón alto y arropada en su abrigo. Yo asomo el hocico por la puerta de la caseta y olisqueo, olisqueo y olisqueo tan intensamente como puedo. Despide un olor amigable, como el de una casa cálida. Y su aspecto es agradable. Aunque camina deprisa, yo soy más rápida. Salgo sigilosamente de la caseta y la sigo. Quizá me ayude a regresar a casa. O me dé de comer. O me seque con una toalla suave y esponjosa.

Se dirige hacia una puerta y esto me excita. ¡Me encantan las puertas! Espero que me deje entrar con ella en el edificio. ¡A lo mejor, mis padres están al otro lado de esa puerta! A ellos les gusta estar en el in-